



Juan García Ruiz, 75 años.
Nuria González Pineda, 19 años.

El taxista que supo conducir su vida

“Yo nací en un pueblo donde estaba trabajando mi padre, Ontígola. A los 8 días de nacer mis padres se fueron a su pueblo, me bautizaron en Ontígola, pero yo siempre he dicho que soy de Noblejas, porque llegué con ocho días...”. Así comienza a narrar Juan la historia de su vida, la vida de nuestros abuelos, esos seres que sin videoconsolas ni teléfonos móviles supieron sobrevivir al hambre, a la miseria, a la posguerra que azotó España como una epidemia entre 1939 y 1950.

Su nombre y apellidos son: Juan García Ruiz, manchego como el vino de Valdepeñas, como Sara Montiel, como Pedro Almodóvar, como el ciclista Oscar Sevilla. Tal vez no sea un personaje público, pero está cómodo delante de la grabadora que le he puesto encima de la mesa. Lleva un jersey color escarlata, el color de lo masculino, de lo viril. Cálido, vivo. Como él.

Apoya sus manos sobre la mesa, enlazadas, en posición orante. Como los políticos, aunque confiese que “yo de política no entiendo”. Lleva gafas de maestro para corregir las letras que escriben sus alumnos de 70 años. Sus dedos hablan por él. Los surcos en la piel relatan aquellos días que trabajó como albañil, como pocero, como carbonero, como pastor, como taxista... la lista infinita de la supervivencia.

Hay miradas que se corrompen por los garrotazos de la vida, pero la suya permanece sana y limpia; aún guarda el brillo de la ingenuidad de aquel niño que creció entre viñedos y sirenas de combate. “Estabas jugando y tocaban una sirena, que quería decir que venía un avión a tirar y había que meterse en una cueva en el pueblo. Mi pueblo es de vino y está lleno de bodegas, venían los aviones tocaban la sirenas, y venía mi madre y decía ¡Vámonos a las cuevas! Y muchas noches dormíamos en las cuevas. Mucho frío. Un pueblo de 6.000 habitantes que nos conocemos todos, pero el odio era tan malo... miembros de la misma familia se mataban entre ellos”.

-¿Por qué, Juan?

Porque habían tenido sus cosas, porque si uno era de derechas y el otro de izquierdas, se estorbaban.

-¿Viste algún fusilamiento?

No, lo que sí vi, a un señor que era de derechas, era el cerrajero, vivía en un segundo piso, tenía 70 años y lo tiraron a la calle desde el piso y cayó reventado. En la plaza sí veía a la gente en el calabozo. A un médico lo mataron, le sacaron los ojos. Yo no lo veía. Eso decían y era verdad sí. Pero cuando terminó la guerra, los otros hicieron lo que les hicieron a ellos... fue muy duro aquello.

De repente, silencio. Fuera el viento castiga al Pozo. El tiempo ha maltratado demasiado a este rincón de Madrid. El Pozo del Tío Raimundo era un barrio de chabolas, de casas bajas de ladrillo, sin agua corriente, ni luz eléctrica, ni WC. Hasta aquí llegó Juan en la década de los cincuenta, cuando España empezaba a despezarse de una pesadilla: “Los dos perdieron, unos perdieron antes unos después, para mi había que olvidarlo y empezar, en mi pueblo se olvidó mucho. Hoy se casa un pobre con un rico sí, y a lo mejor uno de derechas con uno de izquierdas”.

-¿Cómo haciais para sobrevivir en una guerra?



Yo no sé cómo hacíamos para vivir. Las uvas no duraban todo el año, y tampoco había jornales, mi madre iba a fregar por ahí, mi padre iba a la plaza a buscar algo... éramos cinco, mis hermanas estaban sirviendo ganando doce pesetas al mes. Recuerdo que al mediodía cuando los milicianos iban a comer, íbamos nosotros a ver si sobraba algo y nos daban. Llevábamos unas cacerolas y te daban alguna lenteja. Muchas calamidades, mucha miseria, mucho hambre, sí. Ibas por la calle y veías una corteza de naranja y la cogías para comértela.

-¿Volverías a vivir en Noblejas?

Por capricho si, pero es que me gusta mucho Madrid, incluso antes de venir...

Le propongo que venda el piso y que compre una casa en Noblejas. Tienes familia, tienes hijos y ya no es lo mismo, aunque no he tenido mucha suerte con los hijos, porque nada mas morir Franco, mis dos hijos mayores murieron de la droga; y me queda el tercero y el cuarto. El cuarto es el que lleva el taxi, el tercero ahora está en casa, se casó, se despartió. El tercero fue futbolista, jugó en la tercera división estuvo jugando en el Numancia siete años.

Madrid, destino de trabajo

En 1952, Juan abandona el pueblo manchego de Noblejas y marcha hacia Madrid "como no sabía nada, era de campo, me vine con los albañiles; luego me metí pocero".

-¿Qué es eso?.- Le pregunto, fruto de mi ignorancia propia del asfalto.

Hacer pozos, me contesta. Luego me metí de carbonero, tú no lo has conocido pero antes había camiones que repartían carbón y había que subirlo a las costillas o al hombro a un sexto o noveno piso, porque no te dejaban subir en ascensores. Íbamos cinco o seis en un camión y llevamos diez toneladas. Había que subir los sacos de carbón a los pisos, cuando terminabas un camión ibas a por otro, a la estación de las purgas le llamaban. Después me metí en un almacén de materiales y estuve cinco años despachando.

Y otros cinco años en camiones de construcción hasta que le tocó una licencia para taxista, siendo alcalde Carlos Arias Navarro. Durante 30 años recorrió las calles de Madrid "en vez de irme de veraneo pues iba juntando para comprar otro taxi. A los diez años yo tenía mi dinero ahorrado y otro taxi. Siempre pensando en el negocio". Conoce el plano de Madrid como si él mismo lo hubiera diseñado. Juan es las paginas amarillas humana, hace quince años que le entregó el taxi a su hijo, pero aún sabe cómo ir desde El Pozo hacia cualquier rincón de Madrid.

Lola, el amor de toda una vida

Le pregunto por Lola, su esposa, y en ese instante su mirada se ilumina. La mujer con la que ha compartido medio siglo de vida, la misma con la que ha llorado la pérdida de dos hijos.

-¿Cómo conociste a Lola?

Estando en el almacén de materiales despachando, fue a por dos reales de yeso, yo estaba despachando le pedí el teléfono, y me lo dio, empezamos a hablar y luego quedamos. Ella era de Jaén. Vino aquí a trabajar y nos casamos en el 57. Llevamos casados 49 años.

-¿Por dónde salíais de mozos?

La llevaba al cine y a andar. Al cine del barrio, se ganaba poco y se vivía pensando en el mañana que si comprar esto, mirando la peseta, porque no hay remedio. Ahora se vive bien en España.

-Juan, fuiste testigo privilegiado de una época trascendente en la historia de nuestro país. ¿Qué recuerdos tienes de aquellos días?

A mi Franco no me caía mal. El asesinato de Carrero Blanco, me pareció fatal, prometía ese hombre, por eso lo puso Franco de sucesor, y por eso sabían los otros que



la cosa iba a seguir igual, a éste que le queda poca vida pues vamos a quitarlo del medio, que es el que va a seguir la dirección que lleva el otro. A los españoles no les ayudó nadie, por el régimen de Franco, trabajando la levantamos.

-¿Votas?

Yo siempre voto, siempre me gusta. Porque si me quejo me quejo por algo, si no voto no tengo ese derecho a quejarme creo yo, no se.

-Para venir hasta aquí lo he hecho en cercanías, y al bajarme en el andén de El Pozo ha sido inevitable recordar aquel 11 de Marzo de 2004.

Malos recuerdos. No me enteré, no sentí nada. Eso fue tremendo. No hay derecho. Fijate esos muchachos que se ponen una faja con bombas pensando que van a morir. Yo creo que son países atrasados anclados en el pasado.

De taxista a maestro

Una tarde se acercó a la centro de mayores de Entrevías, leyó en el tablón de anuncios un curso de lectura y decidió apuntarse "porque yo nunca había ido a la escuela. A los seis años estaba trabajando, al terminar la guerra civil iba de pastor por leña. Había unos señores que daban clases por la noche después del trabajo. Mi madre me daba dos reales para mis gastos, los que montaban la escuela, cobraban quince pesetas al mes, yo como no bebía y no fumaba esas quince pesetas se las daba a esos señores y me enseñaban, aprendí mucho".

Ahora es él quien enseña, pero sin cobrar un euro. Juan confiesa con una sonrisa envuelta en timidez que "lo que más me gusta son las matemáticas".

Lleva quince años acudiendo al centro de mayores de Entrevías, los mismos que lleva jubilado, aquí todos lo conocen como Juan. Pero muchos desconocen la historia de este manchego que ha conseguido sortear los baches de la carretera que es la vida.

Lo importante de la vida

Después de vivir 75 años puedo decir que la vida es dura. Hay que mirar hacia atrás y ver que la vida es más dura aún para otras personas. Merece la pena vivir, porque me casé con una mujer muy buena (Lola), tuvimos suerte juntos hasta que murió Franco, los dos hijos mayores cataron las drogas, y los perdí. Eran dos chicos muy buenos, a mí me respetaban mucho. Yo no sé que tiene eso, que quien lo prueba no lo deja nunca. Mis hijos murieron de Sida, a mis hijos los mató la droga. Y a partir de aquí, Juan me relata la penitencia que padeció con sus dos hijos malogrados, y me pide a título personal que no lo publique. Es absurdo abrir una herida que para él está cicatrizada.

Desde niño siempre mostró tenacidad por aprender, "las matemáticas siempre me gustaron, porque son muy bonitas; desde que vengo al centro de mayores de Entrevías han despertado en mí curiosidad". Desde que aparcó su taxi, hace dieciséis años, imparte cursos de alfabetización a alumnos de 70 años, y reconoce que "sin haber ido nunca a la escuela me valoro mucho, los domingos subo al altar, a leer el Evangelio. Me gusta, aunque me tiemblen las piernas".

La vida la corrompemos nosotros, pero es hermosa. Nos la complicamos nosotros, por avaricia, por envidia, por ambición, por dinero. Yo siempre he dicho que el dinero tendría que ser una herida en la cara, cuando tuviéramos el dinero necesario, la herida desaparece. Y cuando queremos más dinero del que necesitamos, la herida se hace más grande. Tienes a gente que tiene 80 años, están cargados de millones y creen que no se van a morir, no disfrutaban ellos ni dejan disfrutar a nadie. En mi pueblo,



había un joven que decía que para que él viviera un poco mejor, su padre tendría que morir. Porque tenían unas tierras y mientras viviera el padre, el hijo no podía tocar nada.

Le tengo miedo a la muerte, a pesar de que soy creyente y practicante. Porque no sé lo que hay allá. Solamente desee la muerte cuando murió mi hijo mayor, para irme con él.

La vida ha sorprendido a Juan: "venir de un pueblo de La Mancha con 22 años, y al poco tiempo trabajar como taxista en Madrid, es lo máximo a lo que yo podría aspirar. Nunca soñé con ser taxista, pensé que no dejaría de ser un triste peón". Sin embargo, confiesa que si volviera a nacer le gustaría estudiar.

Yo estoy agradecido a la vida que he llevado, me tocó un taxi, encontré a Lola, una mujer maravillosa, conseguí comprar un piso donde vivir; aunque me arrebató dos hijos... En este momento, Juan resopla y reconoce que la vida no lo ha tratado demasiado bien; pero estoy convencida de que él la perdona.